



La lectura como modo de vida


Charla con el Prof. José María Ferrero

José María Ferrero estuvo a cargo de los Seminarios Texto Ficcional y Condición Humana y Literatura Fantástica correspondientes al Ciclo Superior de la carrera Licenciatura en Comunicación Social de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la UNLP. Desde el 2000 al 2012, 800 alumnos pasaron por sus clases. Clases de lectura contextual, de análisis profundo de la vida, las relaciones humanas, los comportamientos éticos y la realidad objetiva.

“Piglia dice: “a medida que convertimos la literatura en un campo de debate amplio no sólo se trata de la belleza literaria de un texto, sino de los efectos que produce en una situación más general. La literatura es un modo de conocer, se lee literatura porque la literatura es una experiencia. Yo digo siempre que la literatura es como un laboratorio de la vida, como el lugar donde uno puede experimentar ciertos elementos que después en la vida misma aparecen casi como datos de hecho. Entonces me animo a decir que la gente lee literatura porque aprende a vivir”.

Yo me formé en una facultad que estaba muy atenta a lo histórico y a lo estilístico. En ese momento, era lo que nos tocaba; no era que no leyéramos, pero el tema de la historia, y a veces del chisme histórico, ocupaba un espacio en el análisis. Después empezamos a tener materias donde la cosa se volvió más textual, donde se comenzó a privilegiar el tema de la lectura. Entonces fue síntesis, leer y entender.

Ahí aprendí... después cuando ejercí la docencia, dije “no, hay que empezar por otro camino”. La literatura es lo que se va a leer, y eso que se va a leer tiene algunos puntos de explicación de acuerdo al mundo en el que vive, pero el texto es el texto.



Entonces, hablando de la contextualización, si yo tengo que hacerles leer un cuento medieval el problema es, lo que ellos van a entender si yo explico lo que es la Edad Media. Es algo que viene por acarreo erudito “porque el profesor nos dijo que la Edad Media es A, B, C...”. Sin embargo, no es lo que he percibido en el texto; es que he percibido que acá hay guerreros que se enfrentan, hay lealtades, deslealtades. La cuestión es no ver el texto desde la explicación exclusiva de lo histórico, sino también desde la emergencia humana que el texto tiene y eso es lo que da resultado. Si los seminarios que di en Periodismo tuvieron éxito, fue por eso.

Cuando daba clases, sumaba a la solvencia -que no quería decir impresionarlos como pozo de sabiduría- darles y poner claridad en ciertas cuestiones... Siempre dije, si el día de mañana, nos toca dar razón de lo que hemos vivido en esta vida, yo lo único que voy a saber decir para dar razón de la mía, es que supe interceder entre los textos y la gente. Si a mí me dicen cómo va a justificar su existencia, diciendo esto; no por los versos que escribí, no por los libros que escribí, sino por cómo intercedí entre los textos y la gente, por cómo medié entre los textos y la gente...

Y no es fácil... Sé que no es fácil... Por ejemplo, les decía a las chicas del Profesorado y de Magisterio donde di clases también: recuerden que hay dos cosas a las que los seres humanos no saben oponer resistencia: a que los quieran y a que les cuenten historias. Entonces, si ustedes con el grupo que tienen saben establecer el vínculo mediante el cual les dan a entender que la vida sin ellos no sería lo mismo, está después lo otro... que en medio de ese lío digo: “había una vez...” y se produce algo... Eso lo he comprobado en las peores clases. Vos decís, “había una vez...” y algo pasa. ¿Qué encanto hay ahí? ¿Qué magia? ¿Qué seducción? Bueno... la literatura supo siempre que a la gente le gusta leer historias, que les cuenten historias que sean verdaderas, que no sean verdaderas, que sean ficción, a unos les gusta más una cosa; a otros, otra, pero esa es la clave.

La mediación entre esa lectura y esa historia, desde la docencia puede ser una complejidad. Seguro. En los seminarios, había una ventaja: el que iba, iba porque le interesaba lo que se proponía, que no es lo mismo que tener un curso donde les puede interesar a cinco la literatura y a los otros veinte, no. Había un plus, que era importante...

En relación a la secundaria, siempre tuve cursos grandes,




terceros y quintos, y aún hoy me hablan por teléfono, me escriben, me llaman, y me vienen a visitar... Y tal vez es que siempre hubo pasión por la docencia. Una vez leí un reportaje a Angélica Gorodischer donde decía “yo no concibo la escritura sin la pasión” y entonces dije, lo que ella dice de la escritura yo lo podría decir por la docencia; yo no tengo la misma pasión por escribir poesía que por enseñar pero transfiero el tema de la pasión. Uno tiene que sentir que se juega la vida en la clase. Y que está ahí para ver ese que se ha sentado, que ha venido a las ocho de la mañana con todo el sueño encima... y la resaca de la fiesta del fin de semana, y todo lo que ya se sabe a ver qué haces para entre en el juego, que crea y le encuentre un sentido a lo que estás diciendo.

Y cada clase es un desafío... las premisas: no faltar, cumplir el horario de entrada y salida de clase, cumplir lo que se anuncia. Si se dice “voy a tomar una prueba escrita con tales características”, que eso sea así; anunciar cómo vas a evaluar, y cumplir con todo eso. Eso forma parte de la ética profesional como docente.

Y ojo, terminada cada lectura, venía la pregunta, que era mucha veces en las evaluaciones parciales, “justificar por qué este texto es adecuado para la temática con la que aparece” y no “en el capítulo 15 qué pasa”. Y es que a los alumnos, hay que dejarles herramientas y que las aprovechen para la profesión y para la vida.

La operación de pensar y concluir cosas es universal y válida para todos. Que vamos a aprovechar acá un plus que es el tema de la propuesta estética, está bien, pero es como decía Piglia... Yo no iba a la belleza del texto, yo iba a la problemática del texto. Después si el texto deja como consecuencia un residuo de decir “qué hermoso que es”, eso va por añadidura con lo otro, pero lo primero es un desafío entender; leer y entender. Quizá critiquen que eso es muy pragmático y va en contra de lo que la expresión artística puede o tiene que buscar. Lo que yo digo es, que los mecanismos para aprehender eso que se está leyendo, son las operaciones intelectuales básicas. No buscar el estremecimiento estético. No es decir: “¿no les pareció genial esto cómo está dicho?”, cuando me doy cuenta que corro con ventaja porque me he sentido en eso; el punto de partida no es la calidad artística. Es qué leo, qué entiendo, qué saco en conclusión, para qué me sirve, qué me dijo, qué me dio a mí. A lo mejor uno, en un momento de la vida, lee algo que



funcionalmente no deja nada, pero luego, pasa en la vida algo, donde aquello que leyó funcionalmente, ahora le deja algo. También sirve para abrir los ojos y para prevenir. Puede pasar esto; si no me pasa nunca, no me pasará nunca. Si me pasa, me voy a acordar “ahh... yo una vez...”

Por eso en la docencia, hay que encontrar textos que primero lo movilicen a uno, porque para poder transmitir movilización, tiene que empezar movilizándolo a uno. Si a uno lo moviliza, se puede transmitir eso, en función de la movilidad; pero pensando también, qué va a dejar en ellos, los alumnos, como primer impacto de lectura; segundo -ensayada la interpretación, el comentario, el análisis, lo que fuere- qué dejé también, cuál es el aprendizaje para ellos.

Lo que siempre aclaro es lo siguiente: cuando yo hago una explicación, lamentablemente lo hago desde mí. Eso no tiene vuelta. ¿Pero qué agregó a eso? Que no tengo la verdad revelada, lo que digo es producto de mi sensibilidad, de mi capacidad intelectual para percibir lo que he leído. Algunas cosas las tomé, otras las desestimé, pero esto no lo digo sólo porque caprichosamente se me ocurrió a mí, sino porque hago un acopio de fuentes. Es decir, he consultado a los autores que escribieron antes que yo hablara sobre ese texto. Entonces esto no es el capricho de un profesor, “miren que acá hay horas culo como diría Eco, que están sosteniendo esto”. No es el capricho de un fulanita que dice “yo tengo la razón”. Por supuesto que uno, si no tiene una opinión formada es muy difícil ser convincente en lo que decís.

Puede pasar que alguien pregunte: “¿y usted cómo sabe qué quiso decir eso?”. La respuesta es: “¿sabés qué pasa? Que no lo sé, eso es lo que he aprendido descubriendo yo. Igual ojo, que uno dice mucho más de lo que dice, y muchas veces dice cosas que no está diciendo”. Porque esto te lo dicen todos los autores... cuando Cortázar relata en el cuento “Una flor amarilla”, el momento en el cual uno de los personajes mata al otro: “si al comenzar el cuento alguien me hubiera dicho, que al llegar a tal situación fulano iba a matar a mengano, yo le hubiera dicho a ese alguien ‘estás loco’, después resulta que cuando llego a ese momento, fulano mata a mengano, pero eso se fue desovillando como un hilo que la situaciones fueron creando por sí mismas, entonces había sido tal el proceso que llegado el momento efectivamente, fulano tuvo que matar a mengano”. Siempre digo que el viejo Borges tenía un



esquemita en la cabeza y que sabía, cuando empezaba, cómo seguía y hasta dónde llegaba, pero hay quienes no tenían o tienen eso...

Y en síntesis, leer primero es un desafío, porque el texto es una provocación. Está ahí para ver qué logra hacer con uno. Borges, en uno de los tantos prólogos dice “espero lector que este libro sea el que te ha estado esperando”. Me parecía fantástico, “espero lector que este texto sea el que te ha estado esperando”. Yo digo eso... no todos los textos te esperan, hay algunos que uno los deja, que te desesperan más que te esperan.

Después, leer es una práctica de comprensión, lo más en profundidad que uno pueda, hay que volver, volver, insistir. A la comprensión, le sumo la capacidad de poder decodificarlo del modo más genuino que seas capaz de intentarlo; es decir, tengo esa codificación, ese conjunto de palabras, me ha estado esperando, entonces me acerco a él lo decodifico ¿y qué sucede? Ahí viene el trabajito más del análisis.

Pero para mí lo que es más importante en la lectura es la interpretación; cómo junto todo lo que fue el proceso medianamente analítico para armar una síntesis que logre profundizar en lo que el texto dice. En definitiva, no sé si es lo que el texto quiso decir pero para eso está la propuesta.

Denevi le escribió una vez una carta a los chicos del Liceo Víctor Mercante, que María Elena [Sanucci; su esposa] me fotocopió y tengo, porque los chicos les pedían un comentario sobre lo que él había escrito: “Lo que yo no quisiera es que ustedes entendieran que lo que mi texto quiere significar es lo que yo voy a decir ahora. Porque el texto que yo he escrito dice mucho más de lo que yo voy a decir que dice, y eso ¿saben quién lo descubre? Los lectores. Porque yo lo voy a ver siempre con la deformación del que escribe. El que va a saber qué es lo que quiso decir es el que lo lee. Y el que lo lee va a saber todo lo que es él aunque no lo haya escrito pero ahí va a poner su edad, su sexo, su capital cultural, su experiencia de familia, como le ha ido en la vida, todo”. Y eso, decía él, “cómo cambia de una persona en otra, porque frente a una misma lectura se puede tener un panorama muy amplio de interpretaciones”.

Entonces, descubrir el texto que lo está esperando a uno, para que la comunión entre los dos sea la mejor posible, es esencial; luego, profundizar todo lo que sea necesario. Intentar un análisis, que no sea destrozar el texto, ni mucho



menos, sino mirar un poco sus partes integradoras para ver dónde pueden estar las cosas de mayor relevancia. Y después la interpretación, que es juntar todo eso para que se pueda decir: “para mí el texto quiere decir esto...” y que se pueda, naturalmente, si uno es docente, transmitírselo a los alumnos. Y si los alumnos dicen “¿y usted cómo sabe que el poeta o el autor quiso decir eso?”, contestarle “no lo sé”, y ellos “¿y entonces?”, “Ahh porque yo hablo desde mí, y uno habla siempre desde uno”.

Creo que la lectura es un encuentro, entre la experiencia -no digo sólo intelectual aunque lo intelectual tiene mucha importancia- pero la experiencia del sentimiento, desde la vocación de comprender al otro, etc., para ver que se propone de ese texto que finalmente, lo buscó a uno...”.